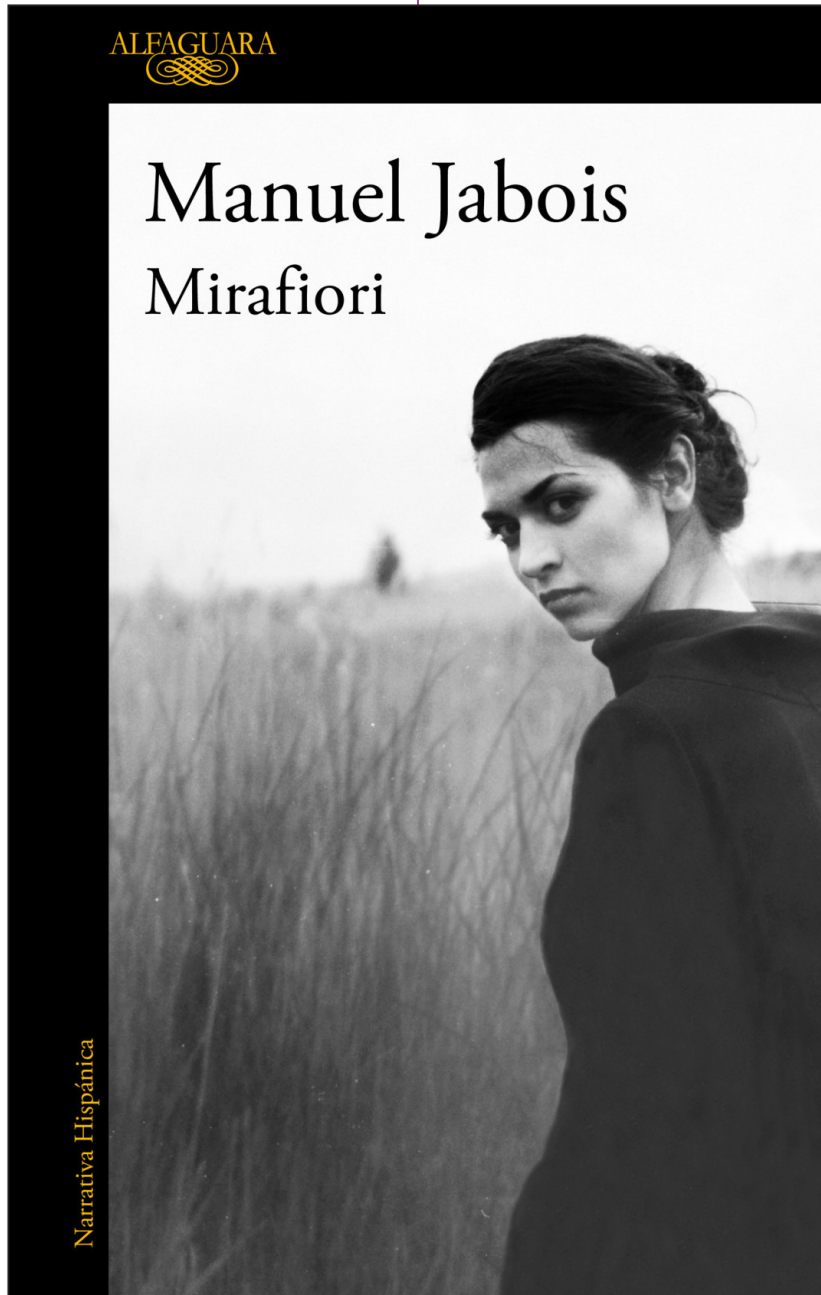




# Guía de lectura



Penguin **Club de lectura**

## LA OBRA

Valentina Barreiro y el narrador de esta historia se conocen en la adolescencia. Corre el año 1996, suena Juan Luis Guerra en un local de copas de Pontevedra y, dejándose llevar por el azar y el entusiasmo colectivo, él la invita a salir. Una semana más tarde, asiste al entierro de la madre de ella. La muerte se entromete así en el inicio de un primer amor que luego de una cita junto al cadáver de una mujer que se ha ido antes de tiempo puede salir bien o mal pero, como dice Valentina, está condenado a no olvidarse.

Al cabo de un tiempo juntos, la chica de la que él se ha enamorado le confía un secreto: desde niña puede ver fantasmas. Primero eran imágenes de escasa nitidez pero, poco a poco, fue aprendiendo a percibir la presencia de los muertos y a convivir con ellos, al igual que habían hecho antes su madre, su abuela y tantas mujeres más de las Rías Baixas. Acarreando consigo este secreto, y algún que otro insistente fantasma del pasado, dejan atrás la adolescencia, cambian Pontevedra por Madrid y unidos por un amor que parece definitivo, se adentran en la vida adulta. Ella se convierte en actriz y camino de los cuarenta alcanza el éxito mientras a su lado él se acomoda en el rol de ángel de la guarda y agente de su pareja a la par que, hombre roto, estropea su talento para la

escritura a base de drogas y excesos de los que cada vez resulta un poco más costoso recuperarse. En sus vidas entran y salen amistades, hay viajes compartidos y otros por separado, la pareja se abre a las aventuras, los amantes ocasionales y los reencontros, pero también, a los celos, el resentimiento, las mentiras y las traiciones que, fruto de las asimetrías y la incompreensión, van alterando el pulso de una relación donde, tras más de veinte años compartidos, los secretos atan y se ama como se puede hasta que amor y dolor se vuelven indistinguibles.

Cinco años después de una ruptura que es el último estertor de una relación agotada, él se dirige en tren a Málaga con alguna excusa profesional y la verdadera intención de reencontrarse con Valentina. Ha pasado tiempo, un tiempo que para él ha sido un estado de excepción y ahora puede imaginarla, casi verla, esperándolo en la estación, apoyada en la puerta del Fiat 131 Mirafiori de su padre con un Ducados en la boca. Pero cuando lo imaginado y lo real se entrelazan en misteriosos bucles, vida y muerte colisionan en una historia donde no todo pasa por algo y en lo inexplicable reside la belleza de un amor convertido en recuerdo que, con todas sus imperfecciones, ha merecido ser vivido.

## CLAVES DE LA NOVELA

Después de la publicación de *Malaherba* y *Miss Marte*, dos obras que lo han consagrado como uno de los escritores más populares de su generación, Manuel Jabois regresa con una novela de amor que es al mismo tiempo una historia de fantasmas o, dicho de otro modo, un cuento de fantasmas que contiene en sí el relato de una educación sentimental que recorre el largo arco, en este caso, que conduce del amor al desamor. Entre primeros amores que parecen inmortales, secretos inconfesables y almas errantes, en *Mirafiori* lo real y lo fantástico se funden con la misma naturalidad con que los espectros de los muertos se aferran a la vida, y desde las primeras páginas la novela se reviste de un aire de misterio y extrañeza que impulsa a

seguir adelante hilvanando, a la par, los fragmentos dispersos de una historia que, sin atar todos los cabos, cobra sentido poco a poco y tiene el encanto y el magnetismo de las preguntas para las que no siempre se encuentra una respuesta.

Un personaje masculino anónimo es quien toma las riendas de una narración que comienza proyectándose hacia un futuro tan próximo como hipotético que es especulación, pero también memoria. A partir de entonces, trazando una trayectoria zigzagueante que desbarata la cronología de los acontecimientos, el relato va y viene entre 1996 y nuestros días y en él, de tanto en tanto, irrumpen pequeños detalles disruptivos, frases elípticas y bucles narrativos

en los que el tiempo parece condenado a girar sobre sí mismo. Muchas de las claves de esta historia de amor están desde el principio a la vista de todos pero, esparcidas como las piezas sueltas de un rompecabezas, son elementos desconcertantes que encuentran su lugar lentamente y terminan de encajar a la luz de la voz de Valentina, que cierra la narración.

Desde el umbral de lo fantástico, y matizando el registro más sentimental de la historia con un sentido del humor dosificado con astucia, Manuel Jabois confecciona con pericia una obra que, desde su propia composición, indaga en esos amores que en la juventud parecen definitivos y acaban metamorfoseándose en recuerdo; en la plenitud y la bajeza de relaciones de pareja que, tarde o temprano, se asoman a sus temidos agujeros negros; en los límites imprecisos entre lo verdadero y lo actuado; y en el correr del tiempo como una fuerza que, a su paso, descompone, dejando los restos o fantasmas de lo que alguna

vez no solo existió, sino que se creyó a salvo de todo.

Entre alusiones a Francis Scott Fitzgerald, uno de los referentes ineludibles del escritor; a obras que, como *El amor en los tiempos del cólera*, hablan del tiempo y el amor perdurable; a la novela gótica y, con un dejo de ironía, a sus ficciones anteriores, Manuel Jabois retoma, a su vez, la tradición, muy arraigada en la literatura anglosajona y latinoamericana, de las historias de fantasmas, donde los espectros son expresión de pulsiones reprimidas, horrores silenciados o, sencillamente, de lo incomprensible cuando socava los cimientos de una sociedad racional e ilustrada. Transitando una región incierta en la que vida y muerte se entrecruzan y la verdad puede fingir ser una ficción, *Mirafiori* abre, por último, una preciosa reflexión acerca de la belleza de aquello que, producto del azar o de los extraños mecanismos que muchas veces rigen nuestras existencias, se resiste a una explicación pero, no por ello, deja de tener sentido.

## LOS PERSONAJES

### ÉL

Con diecisiete años, el narrador de esta historia es un adolescente que, con más torpeza e inocencia que seguridad, invita a salir a la chica que un amigo le presenta en un local de copas de Pontevedra. Veinte años más tarde, continúan juntos, pero él ya no sabe cómo amarla y por las grietas de la relación se cuecen las infidelidades con las amigas de ella, las pequeñas traiciones y los secretos que nunca deberían haber salido de la intimidad y se hacen públicos sin pudor. A fuerza de rencor y excesos con las drogas, su vida se convierte en un constante ejercicio de sabotaje que mina desde su relación con Valentina hasta sus amistades y vínculos familiares, pasando por una carrera de periodista sin ningún hito ponderable. Cinco años después de la ruptura está solo, limpio de drogas y alcohol, escribe obituarios a tiempo completo para un periódico español y se ha convertido en el fantasma del hombre roto que alguna vez fue.

«Habrá un momento, cuando salgamos del bar, en que me dé cuenta de que su coche ya no es un 131 Mirafiori, y qué pinta en este siglo un 131 en general. Pensaré, y no será cómodo, en que yo había imaginado nuestra cita con tanto detalle, y tan seguro estaba de mis aciertos, que ni siquiera me paré a pensar por qué razón iba a estar ella apoyada en un 131. Pero estoy seguro de que estará apoyada en él cuando yo salga de la estación, y de pronto comprenderé que eso ya no es una suposición, sino una certeza. Me detendré en la calle y dudaré de si estoy soñando o no, daré un paso detrás de otro muy despacio, como si el suelo fuese a desaparecer, tal y como deseo en mis sueños para despertarme: que el suelo desaparezca y yo caiga al vacío que me devuelva a la vida. Pero no lo hace: el suelo no desaparece. Le preguntaré si no me estaba esperando apoyada en un 131 Mirafiori y me dirá que ni idea del modelo del coche, pero que el suyo desde luego no era un Mirafiori, ya no era un Mirafiori (“¿me vacilas?”, preguntará con una sonrisa). Y descubriré poco a poco, a cámara lenta, que lo que había

imaginado que pasaría al bajarme del tren no era una recreación, sino algo real. Por tanto, no lo estaba imaginando, sino viviendo. Podía sospechar lo que iba a pasar con Valentina Barreiro, al fin y al cabo mi pareja durante veintidós años y fácilmente predecible, tanto que yo ya no era su exnovio sino su algoritmo, pero nunca, de ningún modo, detalles tan absurdos como que la encontraría apoyada en un coche concreto, ni el modelo de ese coche. Descubriré entonces que el paso previo al terror siempre es creer que no existe, el siguiente es asu- mirlo y aún hay otro más, el definitivo: encontrarle la ternura. Y solo entonces sabré por qué me extrañaba que no me hubiese preguntado por el accidente, y qué accidente era el que podía preocuparme sino el mío». (pp. 16-17)

### VALENTINA

De adolescente morena y regordeta que actúa con cierto descaro y una voluntad inofensiva de escandalizar a los otros, Valentina Barreiro pasa a convertirse en una talentosa actriz que, tras un papel en una serie popular, alcanza el éxito en la gran pantalla. El temor a la locura ronda alrededor de esta mujer que siendo una niña descubre que puede ver el fantasma de los muertos y de aquellos que pronto lo serán. Con el tiempo, sin embargo, consigue acostumbrarse a estas presencias que se aferran al mundo de los vivos por un motivo u otro. Su extra- ño poder, sin embargo, es un secreto que solo se atreve a contar al chico del que se enamora y junto al cual permanece más de veinte años, hasta que ni ella ni él consiguen sostener más el amor que alguna vez sintieron.

«Valen me miró muy resuelta y dijo:

—Ahora iremos a verla. Está bien, detrás de un cristal, muy guapa, porque algo bueno ha de tener morir joven. Estaremos solos en la sala, la conocerás y nos quedaremos allí un ratito, que hace calor y se está bien, y luego nos vamos a casa, ¿vale? Y no sé si esto saldrá bien o mal, pero mira, ya no nos olvidaremos el uno del otro en la vida.

La verdad es que era mi primera novia y yo su primer novio, así que no esta- ba el listón tan alto como para meter a una madre muerta en medio, pero si ella creía que así no nos olvidaríamos nunca, me parecía bien. Igual por nosotros mismos no éramos capaces; igual, digo, teníamos que enterrar a su madre en la primera cita y descuartizar a su padre en la segunda para, de ese modo, encon- trarnos al cabo de veinte años y sonarnos de algo. Creo que ahí me empezó a gustar, en esa inconsciencia que no tenía nada de pose, sino de indefensión. No era más que una niña asustada que empezaba a quedarse sola antes de tiempo, y en lugar de defenderse alquilando traumas a la carta y mandando la factura a los demás prefería escandalizar inofensivamente». (p. 21)

**CÉSAR**

Amigo de infancia y adolescencia de Valentina, César es un chico huérfano de Lagarei, una aldea de las Rías Baixas, que trabaja para la red de narcotráfico que opera en la zona hasta que desaparece en un naufragio en 1996. Convertido en un fantasma que necesita el perdón de su abuela, ronda alrededor de Valentina y el narrador, para quien su presencia no pasa desapercibida.

«Llevaba gorro de lana, camiseta oscura, mandilón de pescador y botas de agua, y toda esa ropa le chorreaba como si llevase siglos dentro del mar. Subió caminando por la arena hasta llegar a un hombre que estaba sentado a mi lado y, temblando de frío, dijo “la cagué, hice algo muy malo, hice algo muy malo; dile a mi abuela que me perdone”. El hombre, para mi asombro, le respondió “si, fixeches algo moi malo e moi estúpido, pero a túa avoa quérete”, y el chico, tras componer una mueca extraña, siguió su camino dejando ríos de agua en la arena y dijo, mirando solo hacia mí: “si ves a mi hermana, dile que estoy bien”. Se perdió entre unas rocas y no volvimos a saber nada de él ni el hombre ni yo. Entonces miré el reloj de forma instintiva, como una manera de sujetarme a la realidad, vi que eran las 8.37 y le pregunté al hombre cuánto había tardado el chico en llegar hasta nosotros». (p. 28)

**RUTH**

Ruth es una bella aspirante a actriz que conoce a Valentina y su pareja en un casting en Madrid. Los tres se vuelven amigos inseparables pero en la medida en que Valentina tiene más éxito y la carrera de ella, en cambio, no despega, el rencor y la envidia se abren paso entre ellos y, a modo de venganza contra la actriz, Ruth se convierte en amante de él, que prefiere escoger sus aventuras entre el círculo de confianza de su novia.

«Me lo llegó a decir: llegó a confesarme que estaba enferma, que su tratamiento era muy agresivo y que su madre se había muerto “de lo mismo”, y pensé en “lo mismo” como sinónimo de algo terrible y pensé también en la cara de Ruth, que no se merecía nada de esto: no se merecía haberse enamorado de mí, no se merecía que yo la hubiese manipulado para traicionar a su mejor amiga, ni se merecía “lo mismo” que su madre; pensé en la gente que iba a tenerlo todo cuando cumplió veinte años, aupada por la promesa de la belleza y del talento, y en cómo conocer a gente maravillosa —Valen y yo lo éramos— puede primero acomplejarte, luego anularte y finalmente destruirte. Ruth en aquel tren era la sombra de la chica impertinente que conocimos, a un paso de la soberbia». (p. 51)

### ISOLINA

La abuela de César es una anciana de edad indefinida que vive en Lagarei. Cercana a la madre de Valentina, sabe acerca del poder que circula entre las mujeres de la familia de la actriz. A través de ella, el narrador aprende algo más acerca de su pareja y de sí mismo.

«La señora Isolina se sentó en un viejo butacón, encendió el televisor y le quitó el volumen. “Típico de viejos —pensé—. Con ver les basta, no necesitan oír”.

—Mira, cuanto más vivo estás más te cruzas con todos los vivos. Con el tiempo, te empiezas a cruzar con algún muerto, muy de vez en cuando, cada mucho. Pero cada vez son más, y hay un punto en el que ya recuerdas a más gente muerta que viva. Hasta que al final, como me pasa a mí, ya solo hay muertos por todas partes. No sabes en qué mundo estás. Mis amigas, mi hermana, mis padres, mis vecinos. No queda nadie vivo en el mundo que me haya conocido de joven». (p. 75)

### CHUMBI

Es el amigo más antiguo del narrador y quien le presenta a Valentina en La Madrila, un local de Pontevedra donde en los años noventa se reúnen los adolescentes. Dos décadas más tarde, cuando al protagonista apenas le quedan amigos a causa de sus excesos, deudas y bajezas, Chumbi, que lleva años metido en el tráfico de drogas, lo ayuda a tramar un negocio que acaba teniendo un coste altísimo.

«Fue mi amigo más querido y el que me aguantó hasta que no pudo más. Pero en ese momento Chumbi, un hombre bajo y moreno de ojos claros, de esos que tienen el labio inferior más adelantado que el superior, la mandíbula siempre en víspera de la violencia, hacía negocios conmigo. Él llevaba años traficando con droga. Y cada dos o tres semanas me dejaba en casa treinta gramos de cocaína; al venir, se aseguraba de que yo estaba limpio y de paso se llevaba el dinero que le correspondía. Tenía dos coches caros, una casa en Majadahonda y un ridículo pelo implantado al que nadie hacía referencia, porque, ¿qué le vas a decir al tío que te está vendiendo la droga, y podría regalártela si está de buen humor?» (p. 179)



## EXTRACTOS POR TEMAS

### DONDE VIVEN LOS FANTASMAS

«Al llegar a mi vagón, mi compañero de asiento iba leyendo una revista, y eché un ojo a la página en la que estaba. Pude entonces ver el mismo párrafo, justo el mismo que había leído media hora antes en la calle. Lo busqué en internet; pertenecía a un artículo publicado en junio de 2020 en *El País Semanal*, y lo firmaba Leila Guerriero. Por tanto, alguien había bajado periódicos antiguos a la calle para tirarlos, una hoja de hacía tres años había sobrevivido a lluvias y sequías o simplemente ese día había salido volando de alguna ventana, y al mismo tiempo un señor que ocupaba el asiento contiguo al mío había decidido rescatar esa revista para leerla en el tren.

Daba igual. El día anterior había visto una foto antigua mía con un jersey azul y rayas blancas marca Cos que recuerdo a la perfección porque tenía un chinazo en una manga, la quemadura de un porro, y esa mañana, camino de la estación de Atocha, me detuve en un semáforo a la altura de un chico llevaba ese mismo jersey, y también un chinazo en la manga, aunque no era del mismo tamaño. A esas alturas, lo único que podía hacer era contemplar la belleza estática del mundo que empezaba a moverse despacio, poco a poco, para rodearme; la belleza del azar, de las preguntas sin respuesta; la belleza del mundo del medio, donde todo lo que es posible que ocurra, por mínima que sea la probabilidad, ocurre». (pp. 48-49)

«... su mano entre las mías se había endurecido. La sentí tiesa, rígida, y cuando le miré aquella mano regordeta de cinco dedos como cinco dedales había palidecido. Durante una décima de segundo pensé que había perdido el conocimiento o que había muerto. “¿Te viste la man...?”, y no pude continuar porque su cara estaba igual, amarilla de repente, en un gesto imposible de describir, imposible de pintar en un cuadro, algo que no podría reproducirse nunca, de ninguna manera, en ningún soporte. Tenía los ojos vacíos de expresión, alucinados, y los labios secos de golpe. Tuve ganas de gritar yo mismo antes de que ella, sin sangre en la cara, dijese: “¡No, no, no!”. Y entonces me di cuenta de que no se lo decía a nadie; a mí no, desde luego. La sangre le volvió a la mano, me la apretó muy fuerte y se levantó arrastrándome con ella. No pude decir nada, ni ese día ni los que siguieron. Tenía prohibido hacer preguntas. Al principio pensé que estaba de broma, pero era verdad: no podía preguntar. Duró años». (p. 66)

«Un día de finales de febrero, primavera en Madrid, donde las estaciones siempre se adelantan unas semanas. Me preparé una bolsa mínima y me miré por última vez al espejo con toda la compasión que pude reunir; no mal del todo, delgado pero no esquelético, despeinado, con hebras de pelo brillante y gris, ojos oscuros y unos labios heridos, secos, porque apenas los despegabam a lo largo del día. Tenía la cara desconcertante de quien se ha escondido de sí mismo durante mucho tiempo y necesita volver a acostumbrarse a su cuerpo y a su voz con la calma del

que sale a gatas de un coma. Mi coma era Valen, e iba hacia ella. Y poco antes de salir de casa y de regresar al mundo, de volver a la luz del sol y a sus rayos rebotando por todas partes a las nueve de la mañana, iluminando los cristales de los taxis y los postes de los semáforos, dediqué los últimos minutos a preparar ese encuentro en mi mente. La conocía de la manera trágica en que un hombre conoce a una mujer que ya ha perdido. La conocía mucho mejor que cualquier parte de mi cuerpo». (p. 78)

«No sería hasta muchos años después cuando Valen decidió que no pasaría toda la vida disimulando, y que era absurdo seguir dando la espalda a una parte tan importante de sí misma. Al fin asumió que querían algo de ella, que su presencia no era casual y que incluso había una manera de comunicarse. Dejó de tener miedo, a pesar de los sobresaltos; dejó de asustarse, a pesar de la anomalía; comprendió que nunca hay nada de malo en saber algo más, aunque lo que sepas no te guste o no lo entienda nadie, ni se pueda contar. No me lo dijo, pero pude verlo en algunas ocasiones: era difícil no hacerlo si uno vivía con ella, y por entonces ya lo hacíamos. Su parte congelada no se descongeló nunca, ni siquiera se calentó un poco, pero encontró la manera de que sirviese a los demás, a los que ardían.

Me mantuvo al margen, a mí y a cualquiera. Aquella tarde del psiquiatra, mientras la acompañaba a su casa —un piso pequeño y estrecho en el que su padre veía todo el rato la televisión y su hermano coleccionaba cromos de futbolistas—,

empecé a sospechar que le molestaba que yo estuviera al tanto, empecé a saber que cayó en la cuenta de que aquello, enfermedad o no, era algo suyo y solo suyo, y que al contármelo traicionó algo que aún no sabía lo que era y que probablemente no lo supiese nunca». (p. 96)

«Siempre creí que nuestros últimos años habían sido una prórroga obligada por el secreto que compartíamos. Siempre creí que esos últimos años no fueron solo mi final insoportable, perdido en un mundo que no me pertenecía pero que me buscaba, un mundo de fantasmas para mí, que había perdido mi sitio entre los vivos, sino una tortura para ella, que tanto y tan bien vivía, y sin embargo sentía que no podía desprenderse de mí». (p. 97)

«Su vida era una imitación de la vida; un simulacro de ruptura, un simulacro de soledad, un simulacro de frustración, un simulacro de tortura; estaba dispuesto a sufrir lo indecible por creerse vivo, como tanta otra gente que lo hace para seguir estándolo. Sus conversaciones, poquísimas, cuatro o cinco en estos años, eran imaginarias. Seguramente originales y divertidas, porque él lo había sido hasta que se terminó de estropear, pero necesarias para creerse vivo y en batalla, aun habiendo cruzado las fronteras sin piedad de nadie. Escribía, sí, y su escritura era como él, fragmentada, casi invisible, empezaba un párrafo y no lo terminaba, en medio había dos o tres palabras, a veces aparecía alguna suelta; era un muerto queriendo vivir, queriendo engañarse sin pretender engañar a nadie más». (p. 193)

## EL AMOR Y SUS DESTROZOS

«Era nuestra casa, nuestra independencia. Valen se colocaba en el asiento del conductor, y nos tirábamos horas hablando, escuchando música y fumando pitillos que comprábamos sueltos en el quiosco mientras la gente pasaba por la acera y nos veía creyéndonos heroinómanos adolescentes. Hablábamos mucho entonces, encontrábamos palabras para cualquier cosa. Ahora que lo pienso, fueron tiempos impresionantes. Nuestros cuerpos cambiaban, nuestras voces cambiaban; nos habíamos enamorado de una persona que aún no sabíamos cómo sería mañana. Recuerdo a la perfección todos los detalles de aquel verano porque lo que decíamos lo decíamos sin cálculo y sin pensar que asumíamos un riesgo. Todo tenía sentido de golpe si lo veíamos desde nuestra perspectiva: los buenos y los malos momentos, nuestras familias, nuestros amigos, nuestras penas, nuestras alegrías; todo había sido dispuesto antes para que, cuando nos conociésemos, aquello tuviese lógica». (pp. 124-125)

«Llevábamos cinco años separados; creíamos no estar ya enamorados —yo al menos lo creía, y ella seguro que no lo estaba—, pero todavía sentía una dependencia enorme hacia ella. Ocupaba mi vida como un elefante ocupa una bañera. Nunca la molestaba, eso no; no nos hablábamos y jamás nos escribíamos. En los últimos tiempos juntos nos contábamos la vida de esa forma superficial en la que hay que contársela a tu abogado. Nos comportábamos como si estuvié-

semos pasando por el detector de metales, ese caminar estúpido de la gente cuando un guardia de seguridad la está mirando: proponiéndose inocente, exagerando gestos de inocente, con mirada inofensiva de vaca. Habíamos hecho algo aún más doloroso que empezar a desenamorarnos: perder la confianza, no atrevernos a decir según qué por si al otro le molestaba, no atrevernos a hacer según qué chiste por si el otro no lo entendía o, peor, fingía no entenderlo, abriendo una distancia incómoda por desconocida, la más abismal que existe, la de quienes antes eran inseparables». (p. 39)

«Siempre, hasta el último día, adoré contarle cosas, tanto que a veces me las inventaba: a todas les encontraba la ternura. En ese instante, antes de empezar a contarle la última, Valen me pedirá un minuto para ir a por el tabaco, encenderá un cigarro sentada en el brazo del sofá —el de pelo blanco que teníamos junto a la ventana que daba a la calle del Clavel— y después de la primera bocanada de humo asentirá con la cabeza, cuando ya esté preparada. Y en cuanto yo empiece a contar la última de mis historias, la última de mis casualidades —cada vez más cercanas en el tiempo, cada vez más imposibles, cada vez menos casualidades—, la adornará con ruiditos, con gestos idiotas, con sonrisas de admiración o sorpresa; y caerá un libro o se abrirá un cajón (“nuestros amigos”), pero sobre todo se caerá un libro, y tendremos que ver cuál es y qué nos habrá querido decir el que lo haya empujado.

Se levantará ella a verlo si eso ocurre, y cuando pase a mi lado le agarraré el tobillo y la arrastraré hasta la alfombra, y me pondré encima de ella y le morderé el cuello hasta hacerle daño, y ella gritará de placer hasta correrse porque puede correrse —o se corre más rápido— sin penetración, de igual modo que se engancha a la gente y la quiere con más intensidad cuando le produce dolor; y quiere mucho, pero con menos interés, a aquella que solo quiere darle placer. Y por eso duramos tanto: porque intuía el dolor, no porque lo sufriese, como cuándo éramos niños y lo adivinaron unas amigas de su madre que, tras mirarme, supieron que yo a Valentina le haría daño y le haría bien, sería con ella veterinario y carnicero». (pp. 49-50)

«Pero me gustaba creer que estábamos bien. Por entonces me gustaba creer que estábamos bien. Llevábamos veintiún años juntos; el tiempo pesaba más para dedicarlo al perdón que al reproche. Vivíamos en un primero de la calle Infantas de Madrid, aún viajábamos mucho a Galicia y teníamos amigos actores, músicos y periodistas, así que pasábamos muchos días drogados hablando mal del talento de los demás mientras estropeábamos el nuestro. Manteníamos sexo a menudo, experimentábamos con él, jugábamos sin prejuicios: nos gustaba meter a chicos en cama, a veces alguna chica si ella o yo teníamos capricho. Muchas veces hacíamos vida independiente, a menudo viajábamos sin el otro, con amigos nuevos o viejos; el aire y la distancia nos hacían bien, ayudaban a desconectarnos y a desconocernos. Hablábamos y reíamos, y a

pesar de tener una vida juntos repleta de historias, no recurríamos a ellas porque teníamos la sensación de que hacerlo era echar mano de un recurso barato para convencernos de que debíamos seguir unidos más por lo que teníamos detrás que por lo que se nos planteaba delante. Claro, de vez en cuando recordábamos, de vez en cuando reíamos recordando, y contábamos a los amigos alguna gran historia, pero evitábamos batallitas, evitábamos nostalgias, evitábamos el pasado por ser una alegría de segunda mano, una alegría ya usada.

Un fin de semana estábamos en Rascafría, en el valle de Lozoya, y Valen, con el aliento helado, me preguntó si alguna vez me había aburrido con ella. Le dije la verdad: no. En tantos años, no recordaba haberme aburrido nunca con ella. Recordaba amarla, odiarla, envidiarla, admirarla y despreciarla, pero no me aburrió un solo minuto. Ella, que había bebido vino en la comida y tenía los ojos brillantes y tristes, añadió que nunca nos aburriríamos porque siempre habría algo al otro lado, y pensé que tantos años juntos nos habían convertido en pequeños dioses el uno del otro. Y en tanto que dioses, había que creer en nosotros sin pruebas. Y no se podía preguntar; había, como mucho, que esperar». (pp. 70-71)

«Me había desahogado con desconocidos a los que me habían presentado cinco minutos antes, contándoles detalles escabrosos de nuestra relación, confesando las torturas psicológicas que ejercía sobre ella sin reparar en que lo eran, y divagando sobre sus presuntos pecados

que me habían obligado a actuar así. A veces apenas dormía diez o quince minutos, dejaba de comer, lloraba sin control y el pecho me dolía todo el rato, como si la ansiedad fuese una tenia enrevesada que, en vez de comerse mis alimentos, empezase a devorarme a mí mismo. Pero nadie contó conmigo: con mi supervivencia dentro del sufrimiento, tan natural que aquel duelo sordo y pegajoso de los primeros tiempos lo alargué indefinidamente, lo convertí tanto en parte de mi vida que no existía más que el dolor de vivir sin ella; un dolor al que de ningún modo renunciaba, ni aunque quisiera, porque me la recordaba todo el rato». (p. 83)

«Un año antes, en víspera de Nochebuena, me caí. Literalmente. Me estampé contra el suelo con las manos en los bolsillos al salir del karaoke Michelena de Pontevedra después de quince horas de fiesta. Me recogieron de la calle tres amigos que querían meterme en el último after. Uno llegó a echarme cocaína en la boca, que tenía llena de sangre. Yo temblaba. No se contempló la idea de llevarme al hospital. Al final me metieron en un taxi y dieron la dirección de casa de mis padres. Aparecí tal como iba, con la boca roja y blanca, la frente abierta. Los ojos se me hincharon con los días, llegaron a parecer bolas perfectas de billar. Mi padre no podía ni mirarme. Mi madre me cuidó desde el primer minuto. Tuve algo parecido al mono por primera vez en mi vida, pero no pude adivinar a qué sustancia. Y Valen solo vino al cuarto día, cuando los ojos empezaron a desinflar-

se y apenas tenía derrames en la cara. Ya se había marchado de la relación, hacía años que lo había hecho, pero ninguno de los dos lo sabía aún. En esas relaciones tan largas pueden pasar años antes de alguien se dé cuenta de que el tren no avanza. Ella podía ver muertos, pero ese día empecé a darme cuenta de que le costaría, cada vez más, ver a un vivo». (p. 101)

«Los mejores años de nuestra relación fueron casi todos, y discurrieron en piloto automático, amparados por una rutina en la que dábamos por hecho nuestro amor. Lo dábamos por hecho porque lo estaba, y no teníamos la necesidad de reinventarnos a cada rato porque nos gustábamos así. Los días iguales nos ayudaban porque construían un suelo formidable que, cuanto más duro, más podíamos dedicarnos a rayar sin miedo a que se estropease. Yo vivía en el filo divertido que separa al tío con el que quiere estar todo el mundo del tío con el que no quiere estar nadie. Cuando lo eres todo y luego no puedes ser otra cosa que nada. Pero lo pasaba bien, y Valen lo pasaba bien, y nadie estaba por la labor de avisarme del riesgo. Teníamos todo lo que ha de tener una pareja feliz: una panadería, una frutería, un bar, unos amigos solo nuestros y muchos amigos comunes, y esto ocurrió tanto en Pontevedra como en Madrid. Si no dormíamos juntos, nos mandábamos el primer y el último mensaje del día. Y me gustaba la percepción que tenían de nosotros desde fuera: el rollo que gastábamos según el cual todo el mundo suponía que estábamos por encima de clichés morales

sobre la pareja, fidelidades a la antigua o posesiones endiabladas del otro, y que nos situábamos en un plano ético acerca del amor que sería hegemónico en el futuro, solo que nosotros habíamos llegado, como en tantas otras cosas, antes». (pp. 135-136)

«El día que volví a casa y ya no estaba Valen —y vi sus cajones vacíos, sus armarios vacíos, las estanterías de sus libros vacías, los muebles del baño vacíos de sus productos y las paredes vacías de sus cuadros, y la casa no olía a nada, tampoco a ella—, me senté en el salón y lloré encima de todas mis heridas, que eran las de ella. Se había ido, y supe que era para siempre, porque hay gente que cuando apaga la luz no recuerda nunca dónde está el interruptor para encenderla de nuevo, quizá porque lo ha quemado. Tuve ante mí todos los sueños que íbamos a cumplir juntos y empecé a reunirlos en el suelo como si fuera un puzzle, armando un futuro de mentira. Tuve ante mí nuestra última conversación: “¿me quieres más que a tu vida?”, y su mirada alucinada, los ojos abiertos, tratando de no llorar y finalmente llorando, y el estrépito de las cosas cayendo a nuestro alrededor, y oía al final de todo, una y otra vez, el único ruido que se escucharía para siempre en esa casa: el de una puerta cerrándose y unos pasos bajando las escaleras a toda prisa, no recuerdo si míos o de ella. Ni siquiera podía encontrar la belleza absoluta que solo aparece al fondo del terror, cuando ya todo da igual y lo que os pase os va a pasar a los dos al mismo tiempo, y nunca más se quedará ninguno solo, es decir, sin el otro. Porque no fue así». (p. 161)

«Cuando por fin discutimos en casa aquel 27 de febrero de 2018, recordé el tiempo en que las playas y las ciudades eran nuestras y no había nada que no quisiésemos y no pudiésemos conseguir. Recordé su cara dormida a mi lado en la cama. Recordé que odiaba el salmón ahumado. Recordé que, si le preguntabas algo cuando veía una serie, tenía que pausarla y, al reanudarla, se iba treinta segundos atrás, como si al interrumpirla hubiese olvidado también el pasado inmediato. Recordé lo que fuimos y la luz que dábamos, y lo guapa que era cuando sufría por placer en el sexo y cuando sufría por amor en la tristeza. No sé quién se fue primero de casa ni quién cerró la puerta, pero ese ruido, el ruido de la puerta cerrándose y los pasos a toda prisa bajando las escaleras, se me metió dentro, y no he dejado de oírlo nunca, ni siquiera cuando duermo». (p. 175)

«Nunca me arrepentí de nada que me hubiese ocurrido con él porque sé que lo bueno, cuando es lo mejor, tiene un coste, y aunque pudo hacer mejor las cosas y yo también pude haberlas hecho mejor, no me arrepiento de un solo día su lado, tampoco de los peores, porque hubo momentos juntos que compensaron cualquier infierno, y si comparo los días buenos con los días malos hubiera sufrido en casa un poco más, hubiera llorado por las calles un poco más, hubiera molestado aún más a más amigas con mis parrafadas enloquecidas a raíz de descubrir la verdad por unos meses más con él, aunque no me quisiese y yo le estuviese dejando de querer; unos meses más con él aunque fuesen con reloj de

arena: durmiendo con él, desayunando con él, oliéndole, sabiendo que era mío y yo de él, que era la sensación más agradable y pacífica del mundo, la rara sensación de un mundo por fin ordenado durante unos minutos al menos». (pp. 198-199)

---

### LA BELLEZA DE LO QUE NO TIENE EXPLICACIÓN

«Pensé en la última vez que había visto sangre, y cómo corría no por una pierna regordeta, sino por cristales, tanta que parecía parte de una película en la que un director hubiese dicho “¡acción!”. Pensé en la última vez que había salido de un portal y me había colocado bajo aquel cielo enorme; pensé en la última vez que me había puesto bajo la mirada del universo, sin que nada nos obstaculizase: movía la cabeza hacia arriba y sentía que estábamos de tú a tú y, de haber tenido un potente telescopio, podría haberse susurrado: “ahora, por fin, tú y yo”.

Pensé en las últimas personas que había visto. En Chumbi y su mirada de husky siberiano paseándose por mi casa mientras bebía cerveza y me enseñaba, alarmado, la pantalla del móvil. Pensé en Valen y en sus últimas palabras, llorando en nuestro piso, y en su cara, que ya empezaba a despojarse de juventud e inocencia, en la tristeza irreversible que llenaba sus rasgos cada vez que me veía y se dejaba convencer por mí para alargar un amor que ya solo era una más de sus compañías: algo intermitente, restos que quedaron flotando en el mar y que aún prometían brillo si uno se acercaba lo

suficiente como para admirarlos, pero lo suficientemente lejos para no poder dañarte. Pensé en todas las cosas que quería y que había perdido, pensé en el rumbo inútil de la vida de todos, en los espantosos cielos de aire contaminado que la gente creía bellos, como bello fue Chernóbil cuando estalló; trataba de no pensar en nada, pero ya era tarde: ya lo había pensado todo.

Y sin embargo la belleza de aquel universo componiéndose de nuevo me llenaba los pulmones de un viento eufórico. Aquellos seres que habían salido de la farmacia hablaban, se emocionaban, sangraban, y solo eran los primeros del resto del mundo. Siguieron sucediéndose delante de mí escenas de la vida de todas las criaturas fantásticas que a esas horas empezaban a llenar el centro de Madrid. Era una belleza inadvertida y despreciada para quien la veía cada mañana porque la daba por sentada, pero existía, y solo había que cerrar los ojos el suficiente tiempo para apreciarla al abrirlas de nuevo». (pp. 79-80)

«Cinco años, desde el 27 de febrero de 2018, un impresionante día de sol y cielo sin nubes en Madrid, desde que perdí a Valentina Barreiro cuando le ofrecí matrimonio sagrado y me rechazó, lo mucho que me ofendió, que casi me tiro por la ventana al escucharlo, lo mucho que me ofendió tras tantos años de relación: hablarme como si aún comprásemos pitillos sueltos en el quiosco de Las Palmeras. Cinco años sin saber si seguía enamorado de ella; cinco años obsesionado con sus pasos sin saber si era por quererla con locura o sin locura. Cinco años sin tener

curiosidad por nada, ni terminar de leer un libro o ver una película, ni siquiera de mantener una conversación interesante; cinco años reiniciándome todo el rato, cada semana. Cinco años con mi vida en estado de excepción. Cinco años de cuando conocí por fin, del todo, a Valen, y entendí o quise entender con quién y por qué hablaba a veces a solas, por qué se sumía en estados depresivos y en otras ocasiones expectantes, la manera tan divertida que tenía de arreglarse mirando a ninguna parte como si una cámara la enfocase, la manera menos divertida de ausentarse cuando estaba conmigo, como si ninguna me enfocara a mí, tampoco la de ella; cinco años sin verla sonreír sin venir a cuento, sin divertirse porque sí aparentando un estado de ánimo que dos segundos antes no tenía, y cinco años desde que descubrí por qué siempre —todos los porqués de pronto, como un ejército fantasma rodeando mi vida— tenía la sensación de que en casa vivía alguien además de nosotros dos, broma que yo contaba a todo el mundo porque solo yo intuía que no era broma, presencias que sentía y que se que se movían con ella o conmigo, como esos perros de los que no se sabe quién de los dos es el dueño hasta que empiezan a correr cada uno en dirección contraria. Cinco años desde que me quedé solo en un piso de la calle Infantas, ese primero derecha grande, de techos altos y patio interior sin plantas, y un portero amable y bueno llamado Julián. Y por tanto cinco años desde que sospeché que, si había fantasmas, no estaban con ninguno de los dos, sino que pertenecían, como tantos otros en la historia, a la casa, o la casa a ellos;



cinco años desde que me equivoqué por completo, también con esto». (pp. 116-117)

«Pero ¿y si ese muerto es ahora un fragmento, un fantasma que convive contigo o te protege a distancia, que vive solo para ti, para saber dónde estás y con quién estás y qué aire respiras? La respuesta me parecía tan clara que no habría soportado escucharla de su boca. Ni la verdad, que era esa, ni la mentira, que me volvería loco. Pero quien pregunta se expone a que le mientan; quien pregunta hace rodar un mundo que no se para ni con el silencio: también el silencio es una respuesta a su manera. Preguntar es el arte delicado por el que se rigen las relaciones de los seres humanos; preguntar es querer saber, pero primero hay que estar convencido de querer saber y de lo que se quiere saber, de a quién preguntar y cómo preguntarlo. De exponerte a ser engañado cuando, antes de hacerlo, no lo estabas». (pp. 141- 142)

«Ver fantasmas me enseñó a ver de qué están hechas por dentro muchas vidas, sus autopsias morales, pero eso no me hizo mejor persona, sino un poco peor. No aprendimos nada de los destrozos del tiempo ni de los destrozos de las sospechas: tú y yo fuimos una lección de los destrozos que las personas nos hacemos a nosotras mismas por vanidad o por aburrimiento, ni siquiera por pasión. Tú y yo nos quisimos tanto que, al ver que no podíamos querernos más ni mantener por más tiempo ese amor, empezamos a darnos poco a poco la espalda como se la dan los duelistas, y fue entonces

cuando decidimos que el primero que se diese la vuelta se salvaría, pero nunca se salva nadie [...] Pensaré en los días y las noches que se repiten, en las mujeres y hombres que se repiten, y en sus vidas y sus muertes, que se repiten, y en que ni siquiera lo extraordinario y lo fantástico puede cambiar nada que se repite desde que empezó. Pensaré en que cualquier día, apoyada en un puente durante horas o perdida en un centro comercial, me temblarán las piernas y sabré que estás allí, conmigo, exactamente igual que cuando estabas vivo, y la sensación será tan impresionante que tendré que sentarme y darle vueltas durante horas a eso. Pensaré en que el mayor misterio es el tiempo: el tiempo lo salva y lo destruye todo, y quienes le plantan cara acaban locos o deformados. Pensaré en que, a veces, incluso de las experiencias más extremas no se aprende nada [...] Pensaré y pensaré y pensaré. Y escucharé tu frase final como un eco, “todo pasa por algo”, y me diré a mí misma que no, que no todo pasa por algo; a veces algo pasa por nada, pasa porque pasa, pasa sin que nadie pida que pase o vaya a aprender algo de ello. Hay cosas de las que no se saca ninguna lección, cosas que se te podrían haber ahorrado o no, cosas que olvidas rápidamente o recuerdas toda tu vida y que no significan nada olvidándolas o recordándolas, y es convivir con esa certeza lo que nos hace fuertes y extraños y curiosos; es ser conscientes de eso por lo que estamos preparados para todo, también para sobrevivir a la muerte como se sobrevive a un accidente a trescientos kilómetros por hora: de cualquier manera». (pp. 201-202)

## PREGUNTAS PARA LA CONVERSACIÓN

1. El narrador de *Mirafiori* comienza hablando de su próximo encuentro con Valentina al mismo tiempo que recupera fragmentos del pasado compartido. Pasado y futuro se entrelazan en un primer capítulo que tiene un desenlace enigmático. ¿Qué efecto os ha producido esta narración en futuro? En esta suerte de obertura, ¿habéis encontrado o intuido pistas acerca del desarrollo que posteriormente tiene la historia?
2. Tras especular acerca de un futuro próximo en el que después de cinco años sin verse Valentina y el narrador se reencuentran, el relato retrocede hasta los años noventa, cuando ambos son adolescentes. ¿Cómo es el retrato de estos adolescentes? ¿Cómo es su acercamiento al amor? ¿Qué significa para ellos el primer amor?
3. El narrador y protagonista de *Mirafiori* es un personaje que abre ventanas a su intimidad pero no posee un nombre. ¿Por qué creéis que, en una novela donde todos los personajes tienen nombre, él es una figura anónima?
4. Siguiendo con este personaje, ¿cómo se va delineando su personalidad a lo largo de la novela? ¿Consideráis que es un narrador fiable o la subjetividad pesa demasiado en su relato de los hechos? ¿Vuestras impresiones acerca de él han ido cambiando a lo largo de la novela?
5. Al lado de él, Valentina parece ser una adolescente algo excéntrica que se siente desprotegida por haber perdido muy pronto a su madre. Con el tiempo, sin embargo, se convierte en una mujer exitosa con una importante carrera profesional. ¿Cómo es la transformación que vive este personaje?

6. Psicótica a ojos de un psiquiatra y bruja para su madre y las mujeres que creen firmemente en sus visiones, Valentina convive con un poder que es una carga y también un secreto que no debe ser revelado. ¿Cómo interfiere en su vida este secreto? ¿Qué lugar ocupa en su relación de pareja? Y para él, ¿qué importancia tiene?
7. El narrador y Valentina se conocen en la adolescencia y este primer amor da lugar a una relación que se prolonga por más de veinte años. ¿Qué es lo que va cambiando a lo largo de la relación? ¿Pensáis que el amor entre ellos se pierde o con el paso del tiempo se transforma?
8. El tercer encuentro entre Valentina y el narrador tiene lugar en el tana-torio donde velan a la madre de ella. En ese contexto insólito y fúnebre a partes iguales, Valentina dice que no sabe si la relación entre ellos saldrá bien o mal, pero después de un comienzo así será difícil que se olviden el uno del otro. ¿Por qué en ese momento ella le otorga tanto valor al hecho de poder recordar? ¿Cómo se comporta la memoria de ella y de él a lo largo de novela?
9. En la pareja, ¿ambos tienen roles inamovibles o van intercambiando papeles? Al final de la relación y respecto a los años de adolescencia y juventud, ¿Valentina y él están en el mismo sitio en relación al otro?
10. A medida que dejan atrás la juventud y se acercan a los cuarenta, ¿qué los mantiene unidos? ¿Cuáles son los sentimientos que se abren camino en la relación? ¿Qué papel desempeñan factores como las mentiras, las infidelidades, las traiciones o los juegos de poder?
11. Evocando su relación con Valentina, el narrador piensa en una frase de Scott Fitzgerald a Zelda —«recuerdo una tarde en la que todo era horrible menos nosotros dos»— y acto seguido menciona la cita de Sylvia Plath que su pareja tenía clavada en el corcho de su estudio: «he experimentado el amor, el dolor, la locura; y si no consigo darles un significado, ninguna nueva experiencia me ayudará». ¿Qué nos dicen estas frases

acerca de los personajes que las citan? ¿Cuál es su sentido a la luz de la historia narrada?

12. A través de un fragmento de un artículo de Leila Guerriero, la novela hace referencia a *El amor en los tiempos del cólera*, una obra que gira en torno al amor y al tiempo, dos grandes temas que Manuel Jabois también entrelaza en *Mirafiori*. ¿Cómo se aborda el paso del tiempo en la novela? ¿Hay cabida para lo perdurable o, por el contrario, el tiempo se traduce en pérdida y descomposición? ¿Estáis de acuerdo con la concepción del tiempo que se ilustra en la novela?
13. *Mirafiori* es una novela de amor y, a la vez, una historia de fantasmas donde los espectros de los muertos rondan a los vivos. Manuel Jabois recupera en su novela al fantasma, una figura del orden de lo fantástico que ha ido adquiriendo diferentes significados a lo largo de su extenso recorrido literario. ¿Qué representan los fantasmas en su novela? ¿La historia narrada os ha hecho pensar en otros relatos poblados de fantasmas?
14. A lo largo de la novela se habla de actuaciones e imposturas, de los cuentos que contamos para ajustarnos a una explicación y de las trampas de una memoria que parece tomar una distancia caprichosa respecto de lo acontecido. En este sentido, *Mirafiori* contiene una reflexión sobre la verdad y sus límites. ¿Cuál es? ¿Cómo se articula en la novela la relación entre ficción y verdad?
15. En el epílogo, Valentina piensa acerca del amor y el dolor y cómo conviven, se necesitan y un día se confunden. ¿Qué opináis de su reflexión? ¿Y cuál es la dimensión del dolor para cada uno de los protagonistas?
16. A la luz del epílogo y la voz de Valentina, ¿ha cambiado vuestra interpretación de la historia narrada? ¿Habéis visto de otra forma a los protagonistas?

## EL AUTOR



© Jairo Vargas

**MANUEL JABOIS** nació en Sanxenxo (Pontevedra) en 1978 y empezó su carrera como periodista en *Diario de Pontevedra*. Tras pasar por *El Mundo*, desde 2015 escribe reportajes, crónicas y columnas en el diario *El País*. También tiene un espacio diario en el programa *Hora 25* de la cadena SER. Como escritor, ha publicado *A estación violenta* (2008), la recopilación de artículos *Irse a Madrid* (2011) y *Hay más cuernos en un buenas noches*

(2022), las breves memorias *Grupo Salvaje* (2012) y *Manu* (2013), y un largo trabajo sobre el 11-M titulado *Nos vemos en esta vida o en la otra* (2016). En 2019 publicó con gran éxito de crítica su primera novela, *Malaherba*. Con su segunda novela, *Miss Marte* (Alfaguara, 2021), terminó de consagrarse como uno de los escritores españoles más populares de su generación. *Mirafiori* (Alfaguara, 2023) es su tercera novela.

## LA CRÍTICA HA DICHO

«Jabois escribe en estado de gracia».  
Laura Barrachina, *El Ojo Crítico*

«Compone melodías de pura vida».  
Pedro Araque, *Cuarto Poder*

### SOBRE *MISS MARTE*

«Qué joya *Miss Marte*. Cómo dosifica el misterio, despilfarras compasión, suaviza con humor y aplica una luz cálida a lo durísimo. Querrías conocer a cada personaje (y te enamoras de un par). Especialmente a los que son *del equipo del sol* aun sabiendo lo fácil que es pasarlo mal».  
Miqui Otero

«Se lee a quemarropa».  
Karina Sainz Borgo

«Una novela con todas las noticias buenas. Al acabar su lectura te dan ganas de tener el teléfono de su autor, llamarle, dar las gracias y colgar. Sí, es ese tipo de libro».  
Carlos Zanón, *Babelia*

### SOBRE *MALAHERBA*

«En *Malaherba* ritmo y estilo se acoplan. Galopa la reflexión rápida, la anécdota con giro, la hipérbole que desarma y el símil tan aguzado que hace de las palabras imágenes».  
Charo Lagares, *Marie Claire*

«Manuel Jabois tiene un mundo literario más rico y complejo que el de la glosa del

día a día. Gracias a ello ha escrito una novela tan conmovedora como *Malaherba*».  
Santos Sanz Villanueva, *El Cultural*

«Una prosa fresca, con retranca, pulida, bien engrasada, que se lee con pasmosa rapidez y deja un poso agridulce en el lector: su mejor tarjeta de presentación».  
Herme Cerezo, *Siglo XXI*

